
E. Eliminando barreras que excluyen



En nuestras iglesias y sociedades, hay barreras de discriminación que siguen excluyendo a la gente que adolece de incapacidades físicas o mentales. Las personas afectadas de VIH/SIDA se enfrentan a otras clases de discriminación. ¿En qué sentido las barreras ponen en tela de juicio lo que significa ser iglesia? ¿De qué manera el poder transformador de Cristo derriba estas barreras, como también las que se basan en raza, etnia, casta, edad o sexo? ¿Qué habría que hacer para eliminarlas? ¿En qué debería enfocarse la acción a favor de los derechos humanos? Las heridas históricas de exclusión tienden a ser profundas y supurantes. ¿Cómo se podrían sanear las relaciones quebrantadas con las personas que han sido excluidas?

El clamor de Iara

Escucha con tu corazón. Quiero contarte mi historia. Se trata de una historia de millones de personas, pero al mismo tiempo es precisamente mi historia. Soy privilegiada porque puedo escribir y tú puedes leer. Quiero contar esta historia: se acabó el secretismo, se acabó el silencio. Guardar silencio sólo agrava la situación.

*Soy una persona que ha sido excluida muchas veces en su vida. Muchas barreras me han impedido participar plenamente en la iglesia y en la sociedad, o penetrar en el corazón de la gente. Alguna vez, hace mucho tiempo, yo creía que este era **mi** problema. Luego llegué a un punto en mi vida cuando me percaté de que soy nada más que una entre millones. Tengo un padecimiento que induce a la gente a evitarme. Este padecimiento hace pensar a la gente, cuando me conocen por primera vez, que no soy ni hermosa ni inteligente. Cuando me ven a mí, surgen en ellas sus propios temores y prejuicios.*

¿Qué mal crees que padece Iara? ¿Por qué crees que la gente la excluye y la evita? ¿Por qué crees que es tan apasionada en narrar su historia plena y abiertamente? ¿Puedes relatar alguna historia de exclusión parecida? Señálense otras enfermedades de la gente que inducen a otras personas a evitarla y rechazarla.

Barreras que excluyen

Alguna gente sufre exclusión por su religión. Hay lugares en el mundo donde las personas cristianas o musulmanas, judías o hindúes se excluyen mutuamente. Alguna gente es excluida por el color de su piel, otras por causa de su ascendencia étnica. Sobre esta base, se las considera inferiores. Algunas, como los dalitas de India, son consideradas “proscritas”, excluidas incluso por los dioses.

Hay personas que están aisladas porque padecen una enfermedad crónica, como lo es el VIH/SIDA. Otras personas son excluidas porque son obesas, tienen cicatrices faciales, o porque son intelectualmente desfavorecidas. Aun otras quedan apartadas porque son homosexuales o lesbianas.

¿Qué clase de condiciones sirven de base para la exclusión de las personas en tu cultura? ¿En tu iglesia?

La historia de Iara

Nací el 15 de diciembre de 1960 en el sur de Brasil. Siendo una criatura contraí polio (poliomielitis o parálisis infantil). Mis piernas quedaron torcidas y débiles, porque se afectaron mis músculos. Fui víctima de una epidemia mundial de polio que duró desde 1940 hasta 1960. En esa época había una vacuna de polio en Brasil, pero una criatura tenía que tener ocho meses para recibirla, y yo sólo tenía seis meses de edad. Más tarde, el Dr. Sabin elaboró una vacuna que se podía administrar a criaturas recién nacidas.

Esto afectó toda mi vida. Aprendí a caminar muy tarde, después de mi primer trasplante de hueso y músculo. No puedo recordar todo el dolor de estar en un hospital por 20 días y por 45 días en un yeso, pero sí puedo recordar la presencia, el amor, la esperanza y la paciencia incondicionales de mi madre. Una de las imágenes más dolorosas que cargo en mi alma, es el momento cuando las enfermeras vinieron para llevarme a la sala de operaciones. Yo estaba aferrada al cuello de mi madre, gritando de horror.

Después de esta cirugía comencé mi rehabilitación. Tres veces por semana iba a una fisioterapeuta para ejercitar mis piernas y aprender a caminar. Tenía cuatro años cuando tuve la primera experiencia de estar parada sobre mis propios pies y caminar.

En la época en que vivía con mi familia y las amistades con quienes me crié, me sentía totalmente amada y en igualdad. Por supuesto, no podía subirme a los árboles o andar en bicicleta, pero había desarrollado otras aptitudes. El problema empezó cuando asistí a la escuela y me sentí diferente. Mis piernas no crecían al mismo ritmo que mi cuerpo. Mi pierna y pie de la derecha estaban bastante estropeados. Por eso, caminaba de manera dife-

rente. ¡Cojeaba! Razón suficiente para que otros niños me endilgaran apodos desagradables. Era marginada, discriminada, y estaba sola. A esta altura de mi vida, decidí que trataría de encontrar amistades y procuraría superar la marginación y la soledad. Me percaté también de que siempre tendría enemigos. ¡Duro reconocimiento para una niña de siete años!

¿Por qué sus pares no aceptaban a Lara tal como era? ¿Por qué erigían barreras que la marginaban y la hacían sentirse sola? ¿Qué fuerzas crean este tipo de barreras?

De dónde estas barreras

Al narrar nuestras historias nos conectamos con el dolor y con la fuerza curativa de la rememoración franca. Ser sincero en cuanto a un problema es el primer paso hacia la superación de barreras que la gente erige para excluir a quienes son diferentes. Comprender la naturaleza de las barreras es un paso esencial en el proceso de su eventual abatimiento. Es preciso saber cómo cada una de las personas, debido a nuestro prejuicio, pudiésemos haber coadyuvado a construir estas barreras.

A diferencia de Lara, muchas otras personas no pueden indicar algún incidente parecido en sus vidas. Son excluidas por su apariencia desde el día de su nacimiento. Son marginadas o incluso odiadas por su ascendencia étnica o apariencia. Para estas personas, la barrera existe antes de que nazcan. Las barreras que la gente erige para excluir a otras personas pueden durar por siglos.

En algunas culturas hay mitos que explican por qué algunas criaturas nacen incapacitadas, desfiguradas o enfermas. Hay personas cristianas que han sugerido que la gente padece incapacidades o enfermedades por causa del pecado humano. Remontan el problema al pecado y su maldición en Génesis 3. Pasajes bíblicos como Deuteronomio 28:6sigs. se utilizan para in-

terpretar la enfermedad, la insania y las discapacidades como castigos de Dios.

Jesús tenía una respuesta diametralmente diferente. En Juan 9:2, los discípulos se basan en una interpretación popular de estas discapacidades y preguntan a Jesús: “Rabí, ¿quién pecó, este o sus padres, para que haya nacido ciego?” Los discípulos presumían que la ceguera no era parte del orden natural, sino un castigo de Dios. Estas creencias populares en los tiempos de Jesús se perpetuaron para excluir a personas de esta índole como “pecadoras”. Aún hoy, gente afligida a veces dice: “¿Qué he hecho para merecerme esto?”

Jesús dice a sus discípulos que el pecado no es la causa de discapacidades como la ceguera. Estos defectos pueden ser parte del orden de las cosas y Cristo puede usarlas para revelar la presencia y compasión de Dios: ya sea que se eliminen o que persistan. Todos los seres humanos son creados a imagen de Dios, una imagen que es suficientemente extensiva e inclusiva como para abarcar al varón y la mujer, distintos grados de capacidad, diferentes formas y apariencias, diversas edades y colores.

Lo siguiente es lo que Lara nos quiere decir respecto de la hiriente manera en que se usan con frecuencia ciertos textos de curaciones en la Biblia:

Cuando pienso en estos textos, pienso en otras personas con discapacidades que no se han curado. ¿Cómo se sentirían? ¿Habrán pensado que su fe no era suficiente? ¿O no eran dignas de ser curadas? ... Estas historias nos presentan problemas a las personas con discapacidades, porque procuramos lograr una participación plena tal como somos. Si tenemos que esperar a que nuestros cuerpos sean restaurados,

¿Qué hace que existan estas barreras en la mente y vida de la gente? ¿Qué razones se dan en tu cultura para mantenerse a distancia de gente que son diferentes? ¿Qué clase de creencias populares o historias se cuentan para justificar la exclusión de personas?

quizá nunca podamos participar. ... A veces pienso que hubiera sido mejor que Jesús no hubiera sanado a toda esa gente, sino que, en cambio, las bendijera y las enviara a casa con su discapacidad, pero con apoyo. Su ejemplo hubiera cambiado los prejuicios de la gente.

Un texto que me agrada es el de la mujer encorvada por más de 18 años (Lc 13:10-17). Jesús llama a esta mujer discapacitada una “descendiente de Abraham”. Le concedió la dignidad y el poder de estar entre otras personas. A este texto y el de la curación del hombre ciego (Jn 9:1-10) los llamo “textos casi perfectos”, porque de verdad colocan a las personas discapacitadas en el centro. Muestran nuestra humanidad, la imagen de Dios que poseemos junto con nuestra discapacidad. Pero me pregunto ¿por qué Jesús curó a estas personas? La mejor respuesta que oído es de un amigo mío, un anciano pastor que me dijo: “Jesús las sanó porque las amaba mucho”. Esto es lo que me trae consuelo, aunque no me da una respuesta plena. Está claro que Jesús no curó a la gente para que fueran más aceptables, sino porque podía percibir su sufrimiento y porque las amaba. Él siente nuestro dolor y nos ama de igual manera, permanezca o no permanezca nuestra discapacidad.

¿Has oído interpretar de manera hiriente las historias bíblicas acerca de gente con discapacidades? ¿De qué manera le harías frente?

Barreras a base de raza, etnia, casta o sexo

Las principales barreras surgen en virtud del racismo y el etnocentrismo. En una estricta definición de los términos, estas dos fuerzas negativas son muy diferentes en su origen, aun cuando sus efectos sean

parecidos. El etnocentrismo es la creencia de que “mi” nación o pueblo es el mejor o especial, es “elegido” de alguna manera, tiene una cultura que debe mantenerse pura o incontaminada por otras culturas. Este sentimiento se agudiza cuando llegan nuevos inmigrantes, y puede conducir a la xenofobia (odio a extranjeros).

El racismo es una ideología aún más insidiosa. Se basa en la falsa creencia de que en realidad existen “razas”, las cuales se pueden identificar por diferencias biológicas entre las personas: color de la piel, rasgos faciales y tipo de pelo. Aunque originalmente pretendía basarse en la ciencia, es una creencia que ha sido desacreditada totalmente por la genética, pero que aún persiste en el pensamiento popular. Lo más insidioso de esta creencia es que algunas “razas” son supuestamente inferiores a otras, intelectual, moral y culturalmente. A partir de eso se han erigido estructuras racistas y relaciones de poder sobre la base de esta ideología.

En el sentido técnico del término esbozado anteriormente, no hay “razas” en la Biblia. En la historia de la torre de Babel (Génesis 11), cuando Dios esparce a las gentes de la tierra, lo hace sobre la base de “lengua”, no de “raza”. “Lengua”, refiriéndose a un idioma distintivo, es la base de una cultura determinada. En otras palabras, la humanidad está dividida según culturas, no “razas”. Y como deja en claro Hechos 17:26-28, la gente de todas las culturas busca a Dios.

Una barrera de exclusión análoga consiste en las estructuras sociales donde la casta desempeña un papel central. Como se expresa en la declaración de la FLM de 2002 en la reunión de la Comisión de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, los siguientes son aspectos determinantes que contribuyen a la discriminación y a las violaciones de los derechos humanos:

- El concepto de “pureza-contaminación”, según el cual ciertos grupos sociales son considerados “sucios”, y el contacto con ellos se considera ritual o realmente contaminante;

- El oficio heredado, típicamente los oficios más serviles y riesgosos dentro de la sociedad;
- La endogamia socialmente forzada, aunque con diferentes grados de rigurosidad.

Estos aspectos básicos traen naturalmente como resultado toda una gama de consecuencias discriminatorias, tales como la segregación en los patrones de asentamiento humano y vivienda, como también la discriminación en materia de empleo, educación, acceso a la salud, servicios sociales y lugares públicos. A veces se dan violentas represiones contra las personas que se atreven a desafiar la jerarquía social. Hay signos no sólo de ‘castismo’, sino también de más descaradas formas de sexismo.

A lo largo de recientes decenios, ciertas barreras de sexismo han sido eliminadas en muchas sociedades, y las mujeres actualmente están entrando en esferas de trabajo y servicio previamente vedadas para ellas. En algunas iglesias afiliadas, por ejemplo, la mayoría de personas que estudian para el pastorado son mujeres. No obstante, en otras sociedades persisten las principales barreras que impiden la plena participación de las mujeres en la iglesia y la sociedad, y se ven reforzadas por tradiciones culturales y creencias religiosas, las cuales tienden a perpetuar formas sutiles de discriminación en todo el mundo.

La afirmación de la dignidad humana es la razón principal para que una iglesia no tolere la perpetración contra seres humanos de injusticias tales como el racismo, el apartheid, la imposición ocupacional, el colonialismo, el sexismo y el ‘castismo’. Creemos que cada una de las personas hemos sido hechas a imagen de Dios, y que somos preciosas, singulares, irremplazables y valiosas. Especialmente desde que la Organización de las Naciones Unidas aprobó la Declaración Universal de los Derechos Humanos en 1948, los derechos humanos han sido definidos como

un medio de reconocer y proteger la dignidad humana. Los derechos humanos son parte integral en celebrar el valor humano garantizando que los seres humanos sean tratados como personas de valor. Las libertades clásicas (de religión, de opinión, de expresión, de asociación, de movimiento) que hacen parte de una democracia abierta, procuran el mismo objetivo: acabar con políticas y prácticas que traten a cualquier persona como menos que plenamente humana.

Encarar los desafíos de la diversidad es inseparable de los desafíos de construir un sentido de nación, desarrollo y reconciliación. Forjar una nación y reconciliar implican integración nacional, lo que a su vez comporta juntar en una unidad más amplia a diversos grupos tribales, raciales, étnicos, regionales o religiosos. Considerando que el racismo fue el sostén principal del legado colonial, construir una sociedad o nación democrática implica minimizar la significación de las diferencias que persisten. La diversidad, la democracia y la aceptación de los derechos humanos significan elevarse por encima de diferencias basadas en el etnocentrismo o racismo para alcanzar un orden más elevado, donde la filiación tribal, racial, lingüística o religiosa pierde importancia significativa.

¿Cuáles de estas barreras ha sido más importante enfrentar a tu iglesia? ¿De qué manera está involucrada tu iglesia en la eliminación de estas barreras en tu sociedad e iglesia?

Se trata de un problema que también se le presentó a Jesús en su ministerio. Las personas de su época consideraban extraño e incluso controversial que se cruzaran y eliminaran los límites étnicos, sexuales o religiosos. Sin embargo, la rápida difusión y victoria eventual del cristianismo sobre las muchas religiones contrapuestas dentro del Imperio Romano, se debió en parte a su apertura a la diversidad de diferentes grupos y clases, a las mujeres, las personas discriminadas, y

quienes por toda clase de razones eran personas proscritas. La FLM y las iglesias afiliadas deben mantener e intensificar la diligencia de este compromiso.

¿Por qué es difícil para la gente aceptar a quienes son diferentes? ¿Por qué es amenazadora la diferencia? ¿Cómo se percibe la sexualidad de personas discapacitadas en tu comunidad? ¿Cómo hizo Iara para arreglárselas con su diferencia? Menciona ejemplos en tu contexto de personas que encaran situaciones parecidas por razón de su lugar de origen, su cultura o estilo de vida.

Sanar el dolor de ser persona excluida

La historia de Iara sigue:

Después llegó la adolescencia y un gran sufrimiento. Las niñas hablaban de los muchachos... y de su primer beso. ¿Quién querría salir con una niña discapacitada? Así pues, una vez más, me encontré sentada, observando y escuchando. Yo era la chica a la que todas las otras muchachas venían a hablarle de andar con muchachos. Incluso aprendí a besar sin ser besada nunca. Estaba sola. Yo también quería un novio. Nadie me invitaba a bailar en una fiesta, nadie me invitaba a salir, ¡aunque en realidad no era fea!

Nadie se puede imaginar el dolor de estar sentada en un restaurante con otras amigas cuando algún muchacho sentado en otra mesa comenzaba a flirtear conmigo. Pero, en el momento en que yo me ponía de pie y se daba cuenta de mi discapacidad su cara se transmutaba. No podía poner sus ojos en mí. El dolor de ser diferente y des-

¿De qué manera apoya tu iglesia a la gente que experimenta esta clase de alienación, exclusión y soledad? ¿Cómo podría eso desempeñar un mayor papel en el proceso de sanación?

deñada me llevó a dudar del valor de mí misma. ¡Y eso dolía profundamente!

A finales de mi adolescencia, fui sometida a una nueva operación quirúrgica, porque la pierna izquierda creció más a lo largo que la derecha. Era ya casi incapaz de caminar. Me hicieron un trasplante de hueso de una pierna a la otra. La presencia de mi madre fue una vez más mi apoyo.

Cuando llegué a los 20, decidí ingresar al pastorado. Esa decisión cambió mi vida. Podía manejar mi automóvil hasta el seminario (después de hacerle las modificaciones pertinentes a mi vehículo) y aliarme a otros estudiantes en procura de formas para liberar al mundo, por medios tales como la cura pastoral, el culto y la pastoral social. Si bien el seminario, como muchos edificios de mi país, no contaba con acceso físico para personas discapacitadas, me sentía bienvenida. Experimenté que podía ser una mujer adorable como otras. Esta hermosa experiencia me permitió sentirme sana, más capaz, más feliz.

En ese lugar también llegué a conocer a mi esposo. Habíamos sido amigos durante muchos años, y después de un largo período de separación, nos dimos cuenta de que nos gustaría pasar la vida juntos. A esta altura de mi vida, tenía la sensación de ser capaz de hacerle frente a todos los desafíos y alegrías de la vida. Sentía dentro de mí el poder de luchar por lo que realmente eran mis convicciones: luchar por personas discapacitadas y por los cambios que necesitamos para vivir mejor.

Me esperaban otras experiencias terapéuticas. Quedé embarazada. A pesar del hecho de que algunas personas insensibles quedaron totalmente anonadadas, y me preguntaban si mi bebé nacería con el mismo impedimento, realmente me regocijé viendo crecer mi vientre y sintiendo un ser humano dentro de mí. Mi familia y mis amistades se alegraban

conmigo. Nuestra hija Victoria, que nació en 1992, es el tesoro de nuestra vida.

Superar barreras

Para la gente de los tiempos bíblicos, había toda clase de barreras que eran una realidad amenazante. Uno de los más grandes dilemas que enfrentó la primitiva iglesia cristiana fue la división entre judíos y gentiles. Este conflicto llegó a un punto crítico en un momento decisivo en Jerusalén. Una facción decía que la persona (varón) debía ser circuncidada para llegar a ser genuinamente cristiana (Hch 15:5). San Pablo insistía en que después de que había venido Cristo, la gente no tenía necesidad de observar la vieja ley judía, sino tener fe en Cristo como revelación de Dios, independientemente de que la persona sea varón o mujer, judía o gentil. Pablo estaba oponiéndose a una forma judía de etnocentrismo.

Esta barrera entre lo judío y lo gentil se remonta a las Escrituras hebreas y ha sido utilizada, también por la iglesia, para justificar la exclusión bastante cruel de la gente. La gente cristiana se ha considerado como pueblo elegido de Dios, como una extensión de la elección de Israel por parte de Dios. Como pueblo elegido de Dios, la nación israelita creía que debía despojar de su tierra a la gente aborígen cananea, y excluirla de ser una parte integral de su comunidad. A estos pueblos aborígenes se los consideraba proscritos. Nadie debía nunca casarse con una persona cananea (según Esdras 9:1-4), mezclando así “linaje santo” con las gentes del país. Ninguna persona moabita debía nunca ser admitida en la asamblea del Señor (Dt 23:3-6; véase también el estudio bíblico sobre Rut 4).

Esto podría llamarse una ideología de “somos un pueblo cristiano superior”. Se la relacionó con muchas de las invasiones de tierras aborígenes por parte de pueblos europeos: los ‘peregrinos’ y sus descendientes en Norteamérica, los bóer- trek en África, la invasión de Australia por parte de gente bri-

¿Ha formado parte esta ideología de la experiencia de tu iglesia en tu cultura? ¿Existe aún esta barrera ideológica, incluso en tu iglesia? ¿Dónde es esto especialmente un problema en la actualidad?

tánica. Las personas invasoras creían que, por ser cristianas, eran superiores a la gente que denominaban “nativa” o “natural”.

Cuando San Pablo y las personas que siguieron sus enseñanzas se enfrentaron con este problema, la respuesta fue inequívoca. En Efesios 2, se dice claramente que la pared de división entre gente judía y gentil, entre un pueblo y el otro, ha sido derribada por Cristo. Cristo ha superado las barreras que se han erigido entre un pueblo y otro. Cristo ha creado una nueva humanidad, reconciliando ambas partes con Dios (Véase el estudio bíblico sobre Efesios 2:13-23).

Por lo que respecta a Dios, todos los pueblos están reconciliados con Dios y son parte de una sola humanidad. No debería haber barreras que excluyan a la gente de Dios y de las bendiciones de la paz obtenidas por Jesucristo. Con todo, nuestro mundo está lleno de gente que se excluyen unas a otras. La mayoría de pueblos invasores no han alcanzado la reconciliación con los pueblos autóctonos. Mientras que el proceso se ha iniciado en países como Canadá, Australia y Nueva Zelanda, está lejos de haberse completado.

Si Cristo fue el mediador que efectuó la reconciliación con Dios, ¿qué debieran hacer las iglesias, especialmente por medio de la FLM, en favor de la reconciliación en la sociedad y entre sociedades? ¿Cómo puede el mensaje de la cruz de Cristo ser un medio de efectuar reconciliación y sanación en contextos donde el evangelio no es aceptado? (Véase también el capítulo sobre “La misión de la iglesia en entornos de pluralidad religiosa”.)

Comunidades de sanación

¿Cómo pueden las comunidades contribuir a la sanidad? Estas comunidades pueden ser muy diferentes, dependiendo de la

clase de exclusión que ha afectado a la gente. Tal comunidad necesita personas que estén dispuestas a actuar como “sanadoras”, activándose para ser las manos sanadoras de Cristo en la comunidad. Muchas veces estas sanadoras son personas que ellas mismas han sido sanadas, que han experimentado el perdón, la reconciliación y la nueva vida en Cristo.

Iara formó una comunidad de esta índole. Según dice ella:

Comencé invitando a gente con discapacidades a formar un grupo. Al principio, fue muy difícil encontrarlas. Comenzamos a reunirnos en marzo de 1996. Cada persona tenía una discapacidad. Ronaldo, un obrero, tenía 21 años y padecía de parálisis cerebral, y caminaba con dificultad ayudándose con un bastón; María Claudia, médico con esclerosis múltiple, tenía 38 años y caminaba con mucha dificultad y vértigo; Ivanir, ama de casa de 36 años, también tenía esclerosis múltiple y caminaba con un bastón; Rosalie, ama de casa de 52 años, tenía solamente cinco por ciento de visión normal y era considerada jurídicamente ciega; Rigoberto, un pintor de 23 años, había vivido durante tres años en una silla de ruedas, después de quedar paralizado de su nuca para abajo debido a una herida de bala.

Al principio éramos un extraño desfile para los otros grupos que se reunían en la iglesia al mismo tiempo. No podíamos encontrar lugar de estacionamiento para los vehículos que transportaban a nuestro grupo. Había que superar muchos escalones, porque el edificio era de difícil acceso. La gente me hizo muchas preguntas insólitas. “Ese tipo parece loco: ¿está bien?” o “¿qué le pasó a esa señora?”: “¿por qué se reúnen aquí?” Con el correr del tiempo nuestro grupo hizo amistad con personas de otros grupos. Comenzaron a ayudarnos a salir de nuestros autos y nos reservaban lugares en el estacionamiento.

Nuestras reuniones eran muy sagradas. Hablábamos de nuestro dolor, de nuestras vidas, de nuestras familias, de nuestras vivencias por ser diferentes y, como consecuencia, nuestras experiencias de discriminación. Leíamos algunos textos bíblicos de una manera muy diferente con nuestros ojos únicos: a través de nuestra congoja, nuestra vivencia y nuestra esperanza. Los interpretábamos de manera diferente. Nos dimos cuenta de que Cristo sufre cuando se rechaza, se excluye o se deja de amar los cuerpos capacitados diferencialmente. Realizábamos muchos ejercicios que nos ayudaron a sentirnos sanos aun cuando persistiera la discapacidad.

Para nuestra sorpresa, reconectamos con la imagen de Dios que la gente y las circunstancias de exclusión nos habían casi arrancado. Somos imágenes de Dios. Dios es muy inmenso. Dios puede abarcar toda la diversidad de cuerpos y mentes. Somos creados a imagen de Dios. Nuestros cuerpos estaban sanos otra vez: cuerpos sagrados, imperfectos, pero sanos. Se restauró nuestra intimidad con Dios y con las demás personas. No fuimos curados, pero fuimos sanados.

Esta es la historia que quería compartir contigo. Espero que guardes esta historia cerca de tu corazón y recuerdes a todas las personas excluidas. ¿Puedes ver alguna razón para que haya segregación, separación o exclusión? En el momento que se suplen nuestras necesidades nos sentimos personas sanas. En el momento en que se nos acepta, el mundo es más rico. En el momento en que se presta oídos a nuestras dificultades y se encuentran posibles soluciones, podemos vivir como otras personas. El milagro no consiste en eliminar a nuestro dolor, nuestra enfermedad o nuestra discapacidad. El milagro es que se nos acepte, que se suplan nuestras necesidades y que participemos de la hermosura y del misterio de la vida.

Es de conocimiento general ahora que, en el caso del VIH/SIDA, no es la enfermedad misma lo que más duele (porque muchos otros males y enfermedades llevan al sufrimiento y a la muerte), sino el estigma y la posibilidad de rechazo y discriminación, la incomprensión y pérdida de confianza que deben enfrentar las personas HIV-positivas.

Rev. Canónico Gedeon Byamugisha, Iglesia Anglicana de Uganda

Frente al VIH/SIDA¹

En el seno de la comunión luterana universal, el sufrimiento y la angustia causados por el VIH/SIDA impactan todas las dimensiones de nuestra vida en común. Cuando una parte del cuerpo de Cristo sufre, todo el cuerpo sufre. En particular, el VIH/SIDA le plantea un desafío a nuestra teología y eclesiología, exigiendo una franca y humilde reconsideración de la manera como le extendemos nuestra mano – o excluimos – a quienes Cristo reivindica como parte suya.

Un llamado profético le está llegando a la iglesia de parte de las personas que sufren de VIH/SIDA, muchas de las cuales han estado aisladas o deliberadamente excluidas de la comunidad. A medida que estas personas cuentan su historia y su vida, y a medida que la iglesia se atreve a escuchar, puede ser inducida al arrepentimiento por haber pecado contra quienes están afectados de VIH/SIDA, debido al temor, la falta de información, el estigma, o la falta de acción.

Como iglesia muchas veces nos resulta incómodo sentarnos junto a una persona o familia con VIH/SIDA, porque esto significa afrontar tantos otros problemas análogos que nos turban, y alrededor de los cuales se han erigido muchas barreras defensivas de índole teológica y moralista. Estas barreras distancian a la iglesia de quienes más necesitan de cuidados y aceptación, en tiempos de profundo temor y aflicción. Se evita que la iglesia se exprese proféticamente a favor de personas que están sufriendo o cuya dignidad está siendo violentada. Responder con compasión a personas que conviven y están afectadas con VIH/SIDA significa impugnar y trasponer límites que nos han impedido amarnos mutuamente y procurar justicia para todas las personas que han sido creadas a imagen de Dios.

Es preciso que, como iglesias, nos tornemos en casas de seguridad donde la gente pueda hablar de estas realidades sin temor. Debemos atrevernos a proclamar el evangelio a plena voz y dar vida al misericordioso propósito divino de vida abundante para todos. La gracia de Dios libera a la gente de fe para que prorrumpen de las acostumbradas limitaciones e inhibiciones, a fin de impugnar prácticas sexuales irresponsables, y avanzar hacia nuevas percepciones de sí mismas y de la actividad sanadora de Dios en el mundo.

El proceso curativo

Si analizamos historias de curaciones, podemos reconocer una serie de etapas clave en el proceso de curación o reconciliación que es preciso considerar. La curación lleva tiempo mientras completamos el proceso de superar las barreras. Probablemente se incluyan los siguientes pasos:

- **Escuchar la historia.** Si queremos llegar a ser una comunidad sanadora, tenemos que escuchar, como lo hizo Cristo, con empatía las historias de quienes han sido excluidos en nuestra comunidad. Es preciso experimentar su dolor, sus heridas, su rechazo. Con frecuencia eso es difícil, porque hemos desarrollado actitudes negativas hacia esta clase de personas. Por lo tanto, para iniciar el proceso de sanación necesitamos correr un riesgo y avanzar más allá de nuestras zonas de comodidad. Es preciso que seamos personas que sepan escuchar.
- **Indagar el trasfondo de la historia.** También es preciso indagar por qué

Referencias:

Baum, Gregory and Wells, Harold (1997), *The Reconciliation of Peoples. Challenge to the Churches* (Maryknoll, NY: Orbis Books).

Eiseland, Nancy L, and Saliers Don E. (editores) (1998), *Human Disability and the Service of God. Reassessing Religious Practice* (Nashville, TN: Abingdon Press).

Eiseland, Nancy L. (1994), *The Disabled God* (Nashville, TN: Abingdon Press).

Habel, Norman (1999), *Reconciliation: Searching for Australia's Soul* (Melbourne: Harper Collins), especialmente los capítulos 4 y 7.

Habel, Norman (1998), *Is Christ Disabled? Four Study Guides* (Adelaide: Flinders University Press).

Schreiter, Robert (1999), *Reconciliation: Mission and Ministry in a Changing World* (Maryknoll, NY: Orbis Books).

Volf, Miroslav. (1996). *Exclusion and Embrace: A Theological Exploration of Identity, Otherness and Reconciliation* (Nashville, TN: Abingdon Press).

ciertos grupos han sido excluidos de nuestra congregación, nuestra comunidad local o nuestra sociedad. ¿Prevalecen en nuestra iglesia, al igual que en la sociedad, los temores y actitudes que provocaron su exclusión? ¿Hemos utilizado nuestra teología, nuestras tradiciones luteranas, o inclusive la Biblia, como base para excluir a esas personas? Para cumplir con este paso, se necesita un análisis franco.

- **Reconocer la verdad:** Una de las cosas más difíciles de hacer es confesar que, como individuos, como comunidad cristiana o como sociedad, hemos sido parte de la razón para que alguna gente esté alienada, excluida o marginada. El reconocimiento público de la verdad en cuanto a prejuicios del pasado es vital para que haya reconciliación. Algunas personas necesitamos pedir perdón públicamente, por ejemplo, a pueblos aborígenes que nuestra generación o nuestros antepasados han despojado y excluido a lo largo de los años. La confesión franca es crucial para que haya sanación.
- **Forjar una nueva comunidad.** Una auténtica nueva comunidad – o,

como la llama San Pablo, “una nueva humanidad” – consiste tanto de las personas que alguna vez fueron excluidas como de quienes son culpables de haberlas excluido. La tarea de restauración involucra más que una disculpa pública o una formal aceptación. También implica el proceso de construir una nueva comunidad, en la cual se acepta y se confirma plenamente a la totalidad de sus integrantes como partícipes de la vida y visión de la comunidad.

- **Ritos de sanación.** Una de las maneras más efectivas de construir comunidad es celebrar ritos de sanación, ya sea separadamente o en combinación con la eucaristía. La sanidad es necesaria para la gente de ambos lados de la barrera. Las personas que han sido excluidas, abusadas o marginadas tienen heridas que necesitan curar, recuerdos que las agobian, temores que siguen acechando. Las personas que han excluido a otras, ya sea recientemente o en el pasado, necesitan reconocer la verdad, confesar el agravio y pedir perdón. Por el poder sanador de Cristo, especialmente por medio de la eucaristía, las comunidades pueden agruparse en Cristo.

¿En qué aspectos en especial se necesita esta clase de saneamiento de barreras en tu iglesia? ¿En la FLM? ¿Cómo puede suceder esto?

Notas

¹ Lo que sigue ha sido adaptado del prefacio del Plan de Acción de la FLM respecto del VIH/SIDA. (www.lutheranworld.org/LWF_Documents/HIVAIDS-Action-plan_SP.pdf)